



Temporada de ballenas

Tamara Silva Bernaschina

Afuera está amaneciendo. En la cocina me sirvo un
vaso de agua y me doy cuenta, lo entiendo.

Eugenia Ladra, *El espacio podría sonar así*

I don't know how, but I'm taller.
It must be something in the water.

Phoebe Bridgers, *Garden Song*

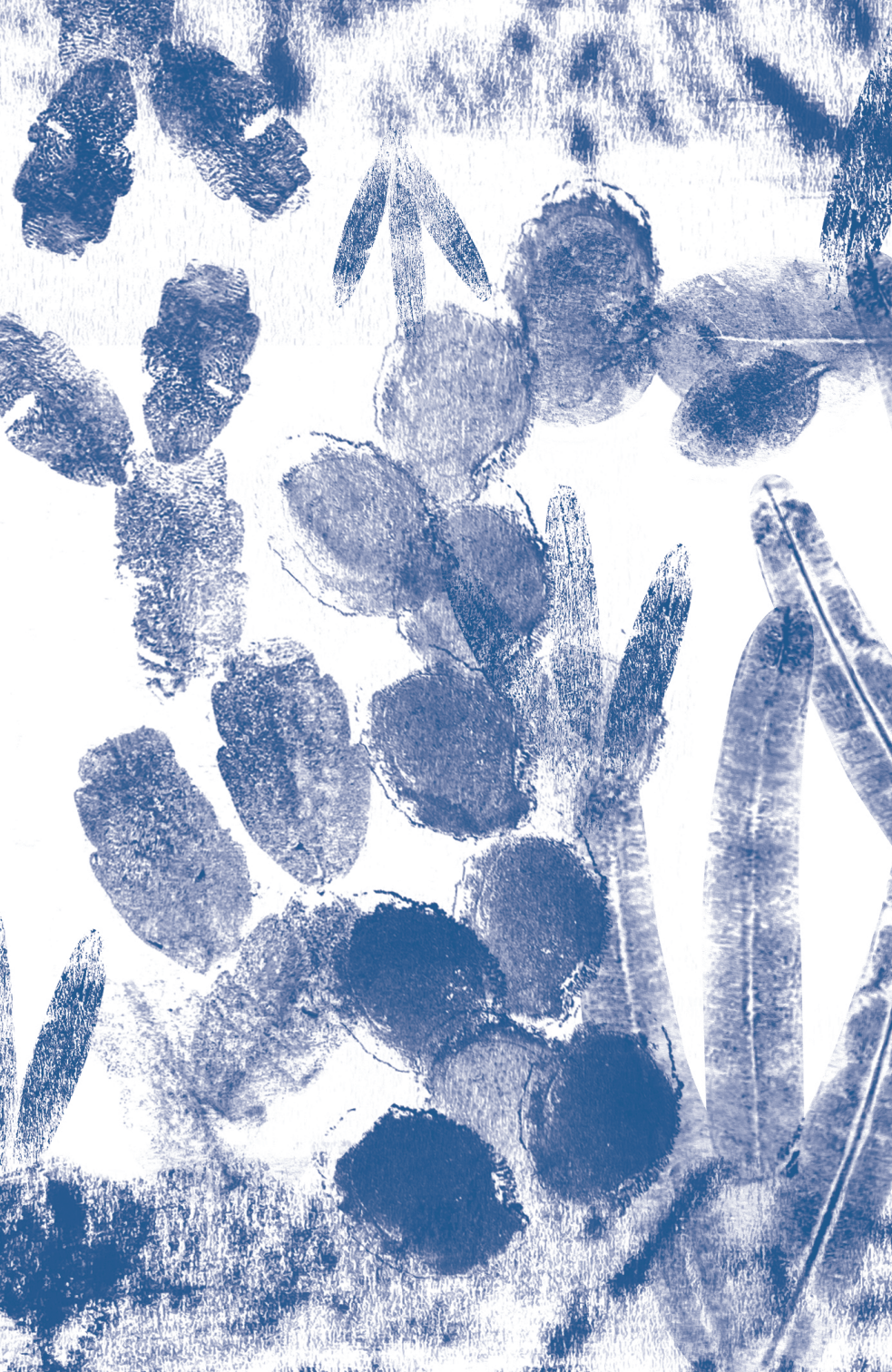
Hay un sonido que se lo traga todo. Historias no. No todavía. Hay éter. Hay materia inidentificable en un espacio ancho. Hay cuerpos. Hay algo que se enciende en lo profundo.

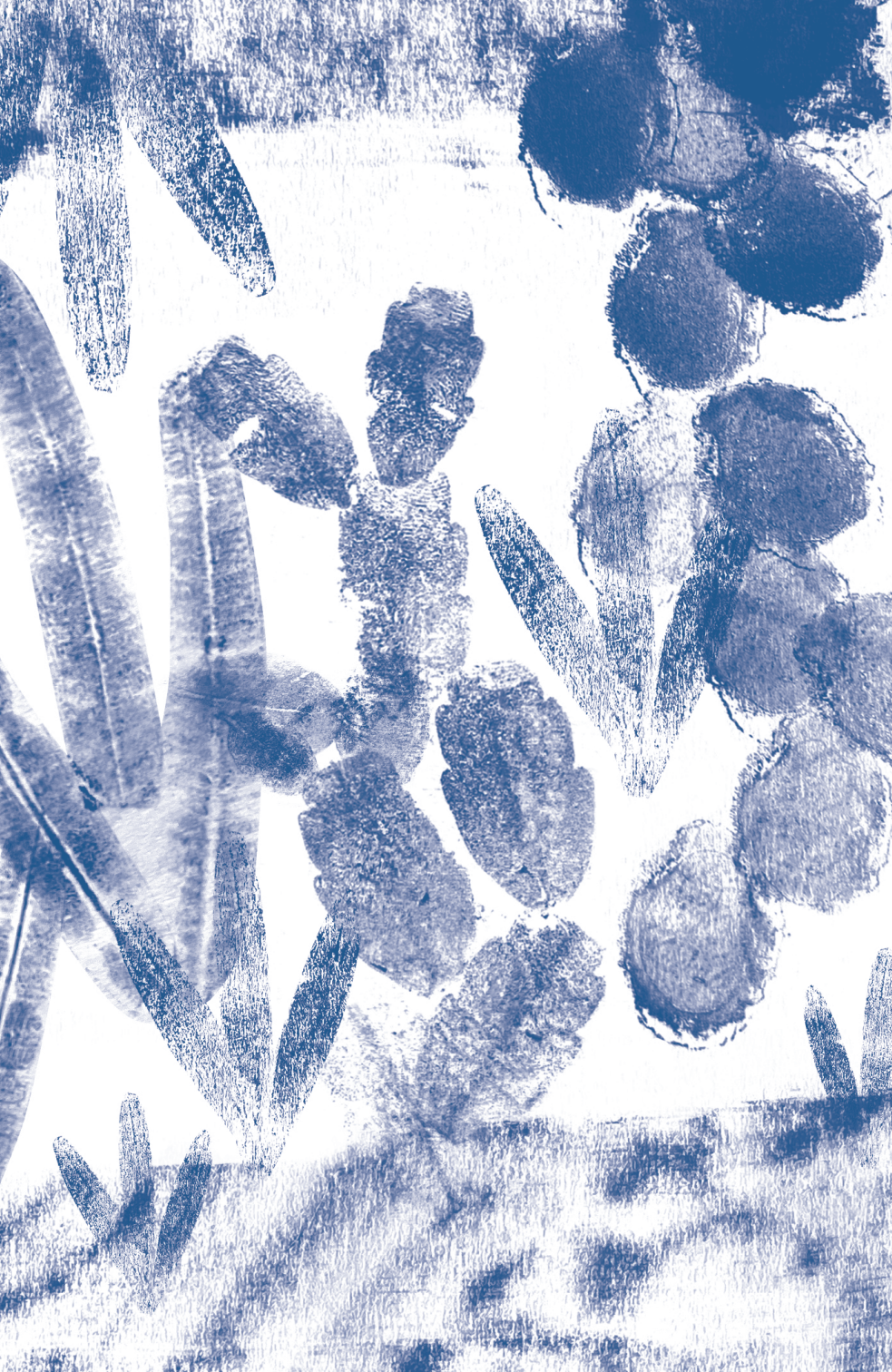
Hay que abrir los ojos.

Abrir los ojos.

Entonces, por fin, algo comienza a gestarse. Una imagen.

Y después... después solo hay mucha agua.





Mi vecino golpea las manos desde la vereda. Son las tres y pico de la tarde y el calor no me deja dormir. Tengo una mano metida adentro de un táper de agua helada, las piernas abiertas hacia el ventilador y la bombacha en los tobillos. Las sábanas se me pegotean en la espalda y en los muslos. El canto de las chicharras es tan fuerte que aturde. Los machos producen el sonido gracias a una membrana entre el tórax y el abdomen que vibra enloquecida cuando hace un calor como el de este día. Es un sonido sexual, parecido al de las ranas en la cuneta cuando cae el sol.

Sebastián no se va. Grita mi nombre y los perros del fondo empiezan a ladrar. Me subo la bombacha, después el vestido y salgo. Me pregunta si puede entrar al patio a cortar pasto para los camellos. Para los qué, le pregunto. Hace calor y el haberme levantado de golpe me marea. Para los camellos de los Reyes Magos, me dice. Miro el almanaque que cuelga junto a la puerta. Es 5 de enero. Le digo que sí, pero que cierre la portera al irse. Se levanta la visera de la gorra, me mira, los ojos se le achican por el resplandor, y me pregunta si quiero que junte pasto para mí también. Pateo con suavidad un balde que tengo en el porche con las cenizas

apelmazadas del último invierno, lo vacío golpeándolo en la tierra seca de la entrada y se lo alcanzo. Sonríe y me dice que es buenazo porque van a tener bastante para comer.

Minas es una ciudad de gente asmática. Cuando mi primo viene a mi casa no puede agitarse ni correr y por sobre todas las cosas no podemos saltar de detrás de la puerta para asustarlo porque enseguida le cuesta respirar y hay que darle disparos. Él tiene asma, mi tía tiene asma y mi hermana tiene broncoespasmo, que es como tener asma porque tampoco puede agitarse y también le dan disparos. A veces la escucho dárselos de noche, en la cama de arriba. Cuenta uno, dos, tres, bajito, mientras el ruido del aire que sale del aparato del médico se disuelve en el silencio que hago por el miedo que me da que se muera, y luego la escucho volver a respirar con normalidad. Me da un poco de rabia ser la única a la que no le dan disparos, pero mi abuela dice que eso es porque soy sana como mi padre, aunque es mentira porque mi padre fuma y en la escuela nos mostraron un video de los pulmones de los fumadores y él los ha de tener como dos pasitas de uva.

Mi madre dice que acá todo el mundo tiene asma o cáncer por culpa de las canteras que contaminan el aire y que como este lugar es un pozo —es cierto, lo he visto desde el cerro, la ciudad está metida como en un huequito— todo

se concentra. Le pregunto qué hacen en la cantera. A ella le parece que en la cantera hacen pórtland.